

la supresión de algunas universidades que carecían de razón de ser y la organización de las restantes, dándoles un plan uniforme y general de enseñanza; la regularización de las carreras, designando las asignaturas, duración y títulos de cada una; la prosecución de los viajes marítimos para descubrimientos y estudios científicos y las comisiones dadas á sabios pensionados para que recorrieran el extranjero á fin de traer á España los adelantos de otros países.

Dióse también latitud á la imprenta y se publicaron obras de todos los ramos del saber; enriquecióse la Biblioteca Real y se dotó prodigamente á sus empleados; confirióse á la Real Academia de la Historia la inspección general de todas las antigüedades del reino, y el hombre poderoso de España, el privado de los reyes, el príncipe de la Paz, hacia alarde de contar, entre sus más honrosos títulos, los de académico de la de la Historia y protector de la de Nobles Artes de San Fernando.

La mayor libertad concedida por los Borbones al pensamiento fué una de las primordiales causas, si no la primera, de todo el movimiento intelectual que hemos observado. Y á la vez que la ilustración se difundía, iba amenguando en poder y en prestigio, y por lo tanto, en rigores el tribunal de la Inquisición.

Existe entre ambos hechos una conexión tan grande, una relación tan íntima, que no es posible dejar de considerarlos como causa el uno del otro.

Durante la dominación de la casa de Austria, como elegantemente dice un historiador moderno, el tribunal de la Fe se ostenta pujante y casi omnipotente, ya sea el brazo del Gobierno con Felipe II, que no consentía otra cabeza que la suya, ya sea la cabeza con Carlos II, que carecía de ella, ya sea el alma del poder, con los Felipes III y IV, que le resignaban gustosos, á trueque de que les dejaran tiempo para orar y para gozar.

Bajo la casa de Borbon la escena cambia por completo. Aunque en el reinado de Felipe V ni disminuyen los autos de fe ni se suaviza de un modo sensible el rigor inquisitorial, lejos de autorizar aquellos con su presencia, el Monarca se niega á asistir al que se había preparado para festejarle; destierra á un inquisidor general, que se creía por su cargo invulnerable, y abre los corazones á la esperanza de ver quebrantada la omnipotencia del Santo Oficio.

Con Fernando VI sufre el tribunal de la Fe una visible modificación; se ve alojarse su tirantez; el sabio benedictino que con doctrina crítica y erudición asombrosa había combatido abiertamente así los falsos milagros como las supuestas profecías, así la hipocresía como los vulgares consejos del fanatismo, podía ser molestado por el Santo Tribunal, mas ya no era llevado á la hoguera ni aun á las cárceles secretas de aquél; el mismo Consejo de la Suprema reconocía su catolicismo, y el rey Fernando obligaba á callar á sus impugnadores. Otro tanto sucedió con el chistoso acusador de los profanadores del púlpito, con el docto y agudo jesuita que ridiculizó la plaga de sermones gerundistas, y que, delatado al Santo Oficio, vió prohibida su obra cuando ya era de todo el mundo conocida, pero ni llevó sambenito ni probó calabozos y prisiones, mortificaciones todas de que en otro tiempo no se hubiera librado y que sufrieron varones más ilustres y de mayor virtud que él.

En tiempo de Carlos III la reforma es aún más radical. Despojóse á la Inquisición de una multitud de atribuciones correspondientes al poder real, y que aquélla se había abrogado en distintos tiempos y ocasiones; y con esto y con someter á la revisión de la regia autoridad los procesos formados á determinadas clases y con los castigos impuestos á los inquisidores que se extralimitan, se quebranta la antigua rigidez del Santo Oficio, y se doblegan y suavizan sus ministros y jueces.

Es cierto que, más que por otra cosa por hábito y costumbre, prosiguen los enjuiciamientos y los procesos y se encausa á ministros de la Corona y consejeros reales por impíos y por partidarios de la filosofía moderna; pero se reducen los procedimientos á audiencias de cargos, y sobresean las causas con una facilidad de que se sonríen los encausados. La Inquisición condena todavía, pero falla á puerta cerrada y ni da espectáculos, ni quema, ni despide fulgores.

Vemos en tiempo de Carlos IV, al último desterrado por la Inquisición volver á España, no sólo para vivir en ella libremente, sino para disfrutar la pingüe pensión que se le asigna para su mantenimiento.

Y á la vez que se realiza este significativo hecho, expídese una real orden para que el Santo Oficio no pueda prender á nadie sin consentimiento y beneplácito del Rey, y un ministro se halla próximo á alcanzar de la Santa Sede la plenitud de la jurisdicción episcopal, según la antigua disciplina de la Iglesia española.

Por esto se ve que en aquella época en que comienzan á abrirse paso una filosofía y una política nuevas que hubieran podido ofrecer, y seguramente hubieran sido en otro tiempo abundante pasto y copioso alimento á los suspicaces escudriñadores de opiniones sospechosas, la Inquisición enervada y sin fuerzas, pálida sombra de lo que en otras épocas había sido, apenas da señales de vida, y resignada, ya que no contenta con su situación, finge amoldarse y acomodarse á las exigencias de las circunstancias y al espíritu del siglo.

Gracias á este hecho, tomó el movimiento científico y literario en tiempo de Carlos IV el gran desarrollo que le hemos visto adquirir; gracias á él pudieron formarse aquellos doctos é ilustres varones honra de la patria que en las Cortes de Cádiz asombraron al mundo con su talento y erudición, y que, si cometieron algunos errores, no por eso dejaron de acreditarse de doctos y sapientísimos.

Si, pues, se compara el cuadro que de la decadencia del poder inquisitorial acabamos de hacer, con el que hemos trazado anteriormente del movimiento intelectual político y filosófico de España, quedará demostrado que marcharon constantemente en dirección paralela y opuesta.

Podemos, pues, decir con el Sr. Lafuente, que semejantes á los ríos que corren en encontradas direcciones, durante los cuatro reinados de la casa de Austria, á partir desde Felipe II, el poder de la Inquisición iba creciendo y absorbiendo otros poderes, al modo de los ríos que, corriendo libre y desembarazadamente largo espacio, van asumiendo en sí las aguas de los manantiales que á ellos alluyen hasta formar un caudal formidable; y que entre tanto y simultáneamente, el poder real y civil, el pensamiento y la idea filosófica, el principio político y civilizador de las sociedades, iban decreciendo y secándose, á semejanza de aquellos ríos cuyas aguas van menguando hasta casi desaparecer sumidas é infiltradas en los áridos y abrasados campos que recorren. Que en los cuatro reinados de la dinastía borbónica á que alcanza nuestro examen, por una de aquellas reacciones que el principio inflexible del progreso social dispuesto por Dios hace necesarias, aquellas dos corrientes fueron cambiando sus condiciones, y lo que antes había sido reciente y caudaloso río que absorbía todos los veneros que al paso á los lados encontraba, trocóse en débil y escaso arroyuelo, y el que durante los cuatro reinados anteriores fué manantial imperceptible, se fué haciendo en los últimos ríos copioso y fertilizador.

Y la exactitud de este fenómeno se confirma examinando lo ocurrido en el reinado del quinto Borbon.

Abolido el Tribunal de la Fe por las Cortes de Cádiz, restablecióse por Fernando VII y se hicieron esfuerzos por restituírle gran parte de su quebrantado poder, de su debilitada influencia y de sus antiguos bríos; pero á la vez que esto sucedía, sofocábase de nuevo la libertad del pensamiento, se privaba de la suya á los hombres de doctrina y de ciencia, retrocedía el movimiento literario y eran sustituidas las cátedras universitarias por clases de taumaturgia, especie de paréntesis del progreso social, semejante á las enfermedades que paralizan por algún tiempo el desarrollo de la vida.

Cuando bajo el mismo reinado la Inquisición desaparece, desaparece también con ella la paralización del movimiento científico y literario que puede verse en lo sucesivo, contrariado en su marcha, por circunstancias políticas ó sociales del momento, pero que deja de encontrar un sistemático obstáculo y una rémora permanente para su desarrollo.

Hagamos la salvedad de que no consideramos ni juzgamos aquí la institución del Santo Oficio con relación á su necesidad ó conveniencia en otras épocas para mantener la pureza de la fe y para conservar la unidad del principio católico, sino exclusivamente con relación al movimiento intelectual y al desarrollo y progreso de las ciencias y de los conocimientos humanos; y aún en esta parte nos hemos limitado á hacer historia, sin atenuar los hechos que ésta arroja, pero también sin ennegrecerlos.

Advertimos también, por último, como otros de mayor saber que el escasísimo nuestro, se han creído en el caso de hacerlo, que cuando exponemos y aplaudimos el desenvolvimiento de los gérmenes de ilustración y cultura que hemos notado y hecho notar en el siglo XVIII y principios del XIX, en nuestra España, ni queremos decir, ni podría ser tal nuestro intento, que aquella ilustración y cultura se hallara de tal modo difundida en la nación que pudiera ésta llamarse entonces un pueblo ilustrado.

Por desgracia faltábale mucho entonces todavía; que las luces que alumbran el humano entendimiento no son como los rayos del sol que se difunden instantáneamente por toda la faz del globo; la condición de aquéllas es propagarse lentamente á las masas; la instrucción popular, como todo lo que está destinado á influir en la perfección del género humano, es obra de los tiempos y del trabajo asiduo y perseverante de los hombres á quienes la suerte y el talento colocan en posición de servir de guía á los demás y de transmitirles el fruto de sus concepciones.

Harto era y es lo que hemos aplaudido, que al abrigo de sistemas de gobierno cada vez más expansivos y templados, se viera crecer el número de estos ilustradores de la humanidad, y que si un siglo antes, lucían como entre sombras el genio y el saber de muy escasas y contadas individualidades, se vieran después multiplicadas estas lumbreras, y resplandeciendo en la esfera del poder, en los altos consejos, en las academias, en las aulas y en los libros; semillas que habían de producir y generalizar la civilización en tiempos que hemos tenido la fortuna de alcanzar y cuyo fruto y legado nunca podremos agradecer bastante á nuestros mayores.

ESTUDIO GENERAL

SOBRE LA HISTORIA DE ESPAÑA DESDE LOS PRIMITIVOS TIEMPOS.

Hemos llegado á la última página de nuestra historia, última página que precisamente no creímos tener necesidad de escribir en los términos que lo hemos hecho, porque no habíamos podido sospechar que llegara el período revolucionario de 1868 á 1874, que, aún cuando á grandes rasgos, hemos reseñado últimamente.

Mucho tuvimos que recorrer en ese largo viaje que hemos venido haciendo por el campo de la historia patria, y quizás más de una vez habrán advertido nuestros lectores cierto decaimiento y cansancio, como quien se encuentra abatido por las fatigas y los contratiempos.

Y efectivamente, así nos ha sucedido, porque muchas veces, abatido nuestro espíritu ante los infortunios de nuestra patria, ó ante los crímenes de sus hijos, sentíamos temblar nuestra mano y apagarse nuestro ánimo, y las páginas que trazábamos eran el verdadero reflejo de la impresión que nos dominaba.

Felizmente llegamos al punto en que nos habíamos propuesto, deplorando únicamente la pequeñez de nuestras fuerzas, que tal vez no hayan sido bastantes á llenar el objeto que nos proponíamos y las esperanzas que nuestros lectores hubieran podido concebir.

Sin embargo, hemos hecho cuanto posible nos ha sido por la realización de nuestro empeño; no hemos omitido diligencia alguna para ello, y si más no pudimos hacer, fué indudablemente porque nada más supimos.

Antes de terminar y de despedirnos por última vez del lector que ha venido siguiéndonos en la larga peregrinación que dió comienzo en los primitivos tiempos de nuestro país, permítanos reasumir en breve espacio todo el prolongado viaje que entre perturbaciones é incidentes varios acabamos de terminar.

El Asia, esa fecunda proveedora de pobladores de todo el globo, envió también á nuestro suelo los primeros habitantes, según las opiniones más autorizadas.

Nuevas razas llegan más tarde á unirse con las anteriores, y los celtas y los iberos, comprendiendo que les era más ventajoso unirse que aniquilarse, confundiéndose por medio de alianzas, constituyendo un solo pueblo bajo la denominación de Celtiberos.

Rudos, enérgicos, trabajadores y valientes, apenas si sabían apreciar aquellos pobladores primitivos los ricos veneros de riqueza que la pródiga naturaleza encerrara en el suelo que habitaban.

Y necesario fué que otros pueblos más adelantados vinieran á hacerse comprender, y los fenicios, importando una civilización totalmente desconocida para los celtiberos, exportaban el oro que se encerraba en las entrañas de nuestro país.

Los griegos, á su vez, atraídos por las mismas riquezas que excitaban la codicia de los fenicios, se acercan á las costas de España, no se contentan con el establecimiento de sencillas colonias, sino que fundan importantes ciudades, hasta que alarmados los celtiberos se mostraron, rompen las hostilidades contra ellos, y los cartagineses, llamados como favorecedores por los fenicios, arrojan á éstos de España y se apoderan de ella.

Sin embargo, no fué sin sufrir repetidas derrotas y sin tener que librar rudos combates como realizaron su conquista, que no podemos decir que fijaron su dominación.

El indomable carácter español mostróse tan enérgico y tan belicoso, como más de una vez hemos tenido ocasión de ver, y lo mismo Cartago que Roma, posteriormente, no tuvieron otro remedio que inclinarse llenas de respeto ante las ruinas de Sagunto y de Numancia, símbolo de un pueblo que prefería la muerte á la esclavitud, de un pueblo que antes que ser dominado, prefería envolverse entre sus ruinas.

En los campos españoles decidióse el triunfo de Roma sobre Cartago; en estos mismos campos Viriato, primero, y Sertorio después, personifican el espíritu independiente y altivo de este pueblo que tan mal se avenía con la coyunda de los conquistadores, y doscientos años de incansable guerra, fueron necesarios, para que Roma asentase su poder definitivamente después de la batalla de Munda, en la cual el vencedor de Farsalia quedó dueño del mundo de su tiempo.

Hecha provincia romana España, aceptó la civilización de sus señores, y, como dice muy bien un historiador moderno, ganó en este punto todo cuanto perdió en independencia.

Y efectivamente, emperadores, generales, grandes filósofos sa-

lieron de su seno, y Teodosio y Trajano, y Lucano y Séneca, vieron la primera luz en el suelo español.

Institución romana fueron aquellos municipios que, creciendo primero, desapareciendo después, resucitando modificados más tarde y alterándose en su organización y en su órbita de acción, han llegado hasta nuestros días.

Pero la civilización romana, y por lo tanto la que en España existía, era una civilización hija más bien de la fuerza que domina, que no de la razón y del sentimiento, y por lo tanto, hacíase necesaria otra más pura y más durable, y entonces nació el Cristianismo, que precisamente venía á responder á una necesidad tanto moral como material.

Porque próxima la disolución de la unidad del mundo, el Cristianismo vino á robustecer aquella unidad que se destruía, y la sociedad que la fuerza tan solo había formado, la caridad y la fe vinieron á purificarla cuando había llegado á su mayor grado de desmoralización.

Precisamente las doctrinas de la nueva Religión tenían que producir un cambio completo en el modo de ser del mundo romano. Las sangrientas hecatombes humanas servían de solaz á aquel pueblo degradado y corrompido, y el Cristianismo apareció, sustituyendo el sacrificio del espíritu al repugnante holocausto que en los circos y en los templos se estaba realizando.

El Cristianismo enseñó al esclavo que ante el tribunal de Dios era completamente igual á su señor, y en aquella sublime máxima de «lo que no quieras para tí no lo quieras para otro,» iba encerrado todo un poema de caridad apenas concebible en una época en que el egoísmo todo lo absorbía.

Lenta fué la propagación de las nuevas creencias, arroyos de sangre sirvieron de fecundo abono á aquella cruz emblema de la reciente civilización, y poco á poco, sin que hubiera nada bastante á contenerle, fué elevándose desde la humilde cabaña hasta las gradas del trono, y Constantino enarbola finalmente el santo láviro destinado á iluminar el mundo.

Alrededor de él, como ya hemos dicho, habíase desarrollado la nueva civilización, y merced á esto, cuando más tarde la invasión de los bárbaros destruyó todo lo existente, la cruz, que subsistió impávida como robusta roca en medio de encrespados mares, la sostuvo consigo no siendo bastantes á destruirla las feroces hordas de Alarico.

Tocóles á los suevos, á los vándalos y á los alanos, en ese período de invasiones que caracterizan el siglo V, franquear los Pirineos y esparcirse por nuestro suelo, llevando tras sí la devastación y la muerte.

Felizmente, á estas tres razas suceden los visigodos, y Ataulfo comienza la obra que Eurico terminó después, emancipando por completo á España del irrisorio poder de aquel vacilante imperio romano.

De la misma manera que en las dominaciones anteriores habíase mostrado de una manera enérgica el carácter independiente de los españoles, la dominación gótica tropezó igualmente con aquel carácter, y los vascos, los cántabros y los astures, sin darse á partido nunca, mantenían en perpetuo movimiento las fuerzas de los nuevos señores, hasta que al fin, Suintila pudo ya considerarse como verdadero rey de España.

Sin embargo, todo el período de implantación, si así nos podemos expresar, de la raza gótica en nuestro país, no fué ya tan largo ni tan trabajoso como los que hubieron de sostener los romanos y los cartagineses en anteriores tiempos.

Y la razón es muy óbvia.

Los españoles, pueblo ya artístico, agricultor, religioso y literato, participaba, como dice un historiador, de la inercia y de la mollicie de la corrompida civilización romana, y por lo tanto, era imposible que pudiera resistir al formidable empuje de aquellas razas rudas, vigorosas, habituadas á la guerra y en las que todos los individuos, desde el primero hasta el último, no eran más que soldados.

Lo mismo sucedió algunos siglos más tarde cuando las huestes de Oriente cruzaron el Estrecho, arrojándose sobre la afeminada y corrompida raza gótico-hispana.

Pero si en el terreno de la fuerza fueron vencidos los españoles por los godos, no sucedió lo mismo en el terreno moral, y la civilización romano-hispana fué poco á poco infiltrándose en el modo de ser de los dominadores.